

LEYENDAS DE LAS AMÉRICAS

EL GALIPOTE Y LOS CAMINANTES

RAQUEL BENATAR



ILUSTRACIONES DE
ANA LÓPEZ



La pequeña aldea dominicana de Montserrate estaba situada al pie de unos montes verdes y frondosos. En los montes vivían monos, serpientes, conejos, puercos, y otra criatura de la que nadie se atrevía a hablar. En cuanto caía la noche, los campesinos de Montserrate regresaban a sus casas. No se querían quedar en los campos de cultivo cuando todos esos animales salían de sus escondrijos.



La ciudad más cercana se encontraba a varias horas de camino y para llegar había que atravesar los montes poblados de plantas gigantes. Los habitantes de Montserrate trabajaban en los campos de sol a sol y no tenían tiempo para viajar durante el día. Así que cuando iban a la ciudad, lo hacían a la caída de la noche. Sin embargo, nadie quería toparse con esa criatura de la que no querían hablar y a la que ni siquiera llamaban por su nombre.



Antonio había vivido siempre en Montserrate, pero él no se parecía a los demás campesinos. Era un hombre desconfiado y solitario, y no le importaba viajar por esos montes. Él no creía esas historias que contaba la gente de la aldea.

Una tarde, después de arar sus campos, Antonio regresó a su casa. Se cambió de ropa, cerró bien su casa y salió camino a la ciudad para ir a la boda de su primo.



Poco a poco se fue haciendo de noche. Estaba todo muy oscuro y sólo la Luna iluminaba el camino de Antonio. Unos pájaros extraños empezaron a volar sobre su cabeza.

—¡Largo de aquí, pajarracos! —les gritó con firmeza mientras se sacudía la cabeza.

Antonio se puso a cantar todas las canciones que recordaba y, aunque se le olvidaron algunas palabras cuando se le posó un búho en el hombro, siguió canturreando.

De pronto, se le apareció una sombra en el camino. El corazón le dio un vuelco, pero se tranquilizó cuando se encontró con su amigo Juan en el cruce del camino.

Juan tenía las manos levantadas.

—¿Eres tú, Antonio? —preguntó Juan.

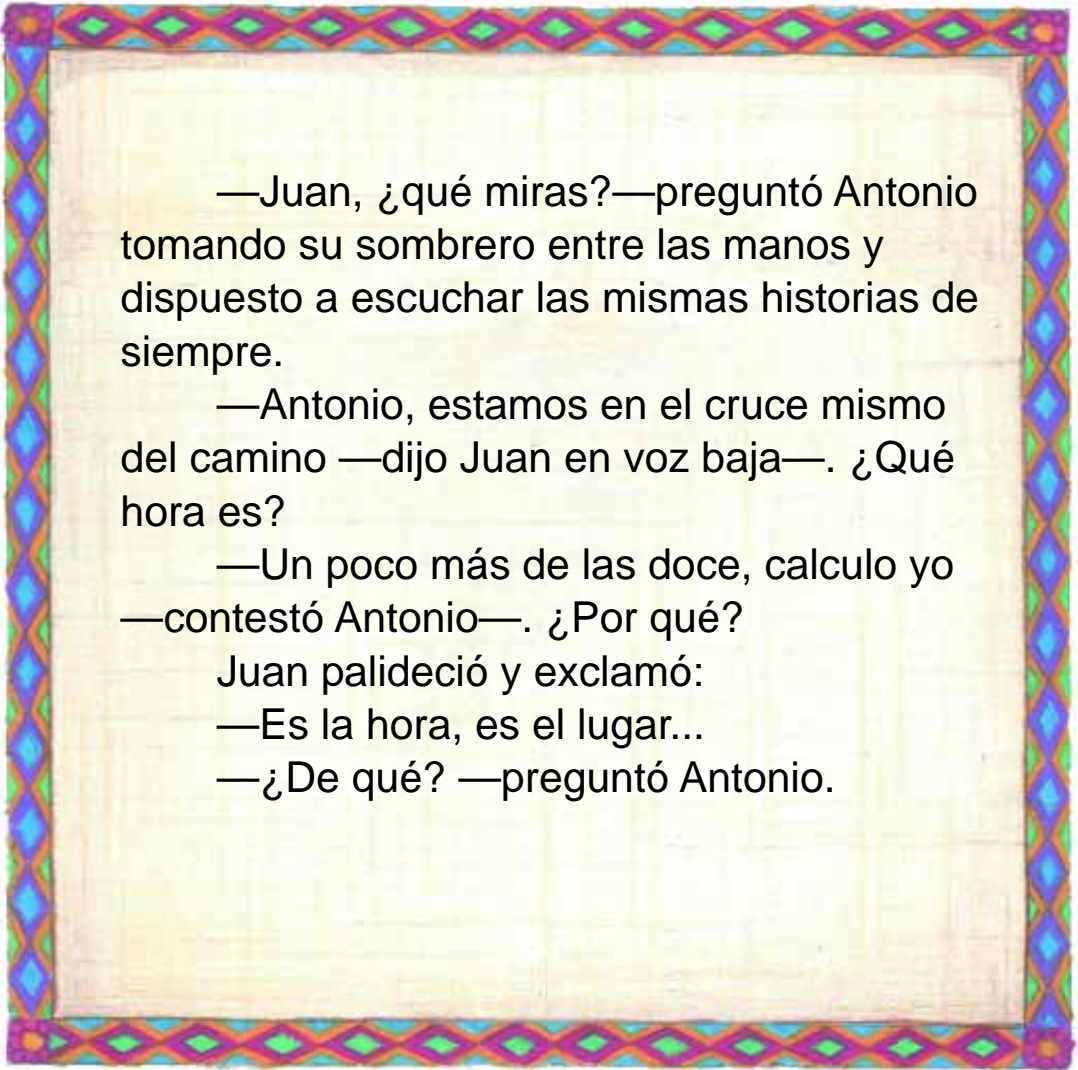
—Claro que soy yo. ¿Quién iba a ser sino yo, un fantasma? —contestó Antonio bromeando.

—Podría, podría ser ... —tartamudeó Juan mirando primero a la derecha, después a la izquierda, luego adelante y por último atrás.

Juan no quería mencionar a esa criatura y menos aún llamarla por su nombre.







—Juan, ¿qué miras?—preguntó Antonio tomando su sombrero entre las manos y dispuesto a escuchar las mismas historias de siempre.

—Antonio, estamos en el cruce mismo del camino —dijo Juan en voz baja—. ¿Qué hora es?

—Un poco más de las doce, calculo yo —contestó Antonio—. ¿Por qué?

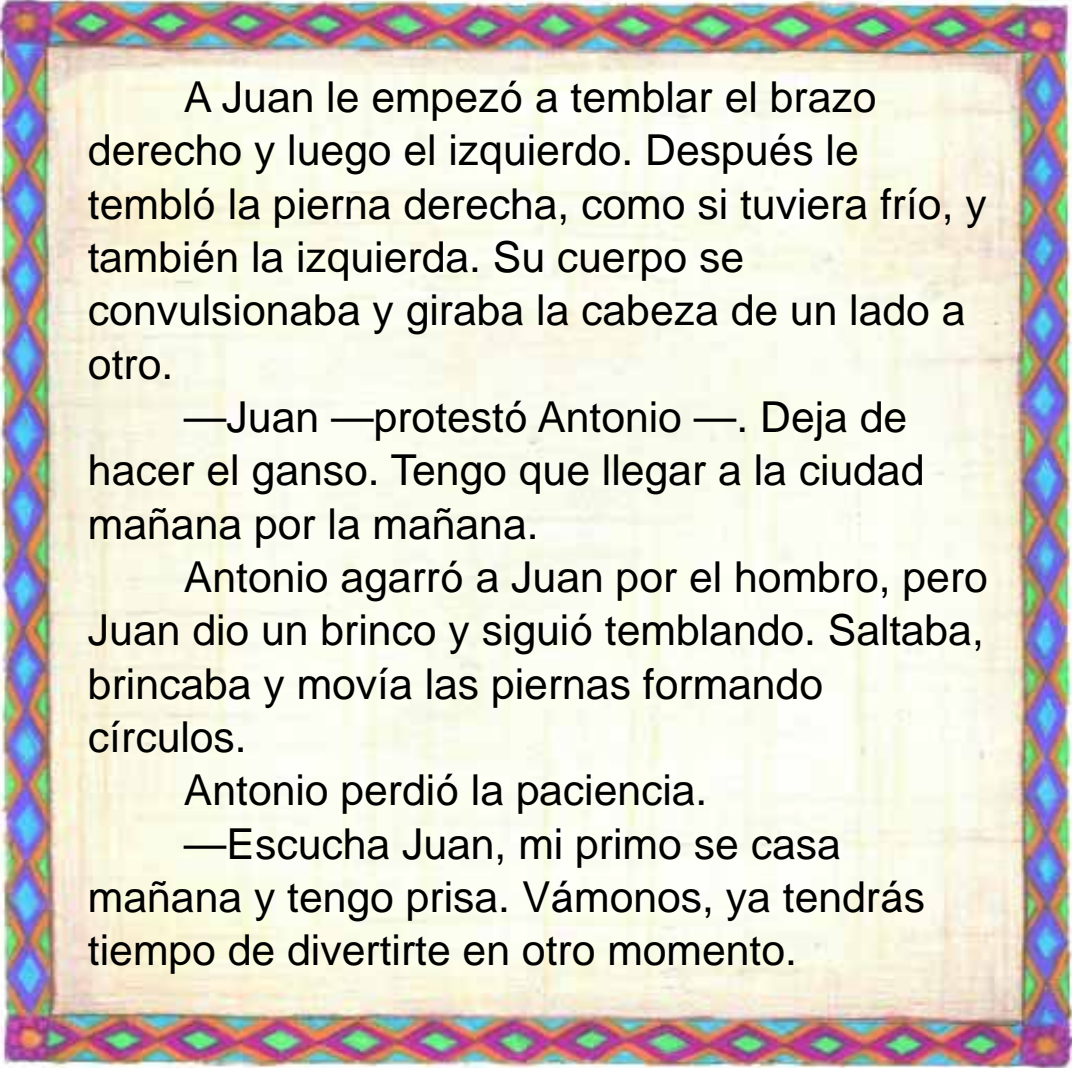
Juan palideció y exclamó:

—Es la hora, es el lugar...

—¿De qué? —preguntó Antonio.







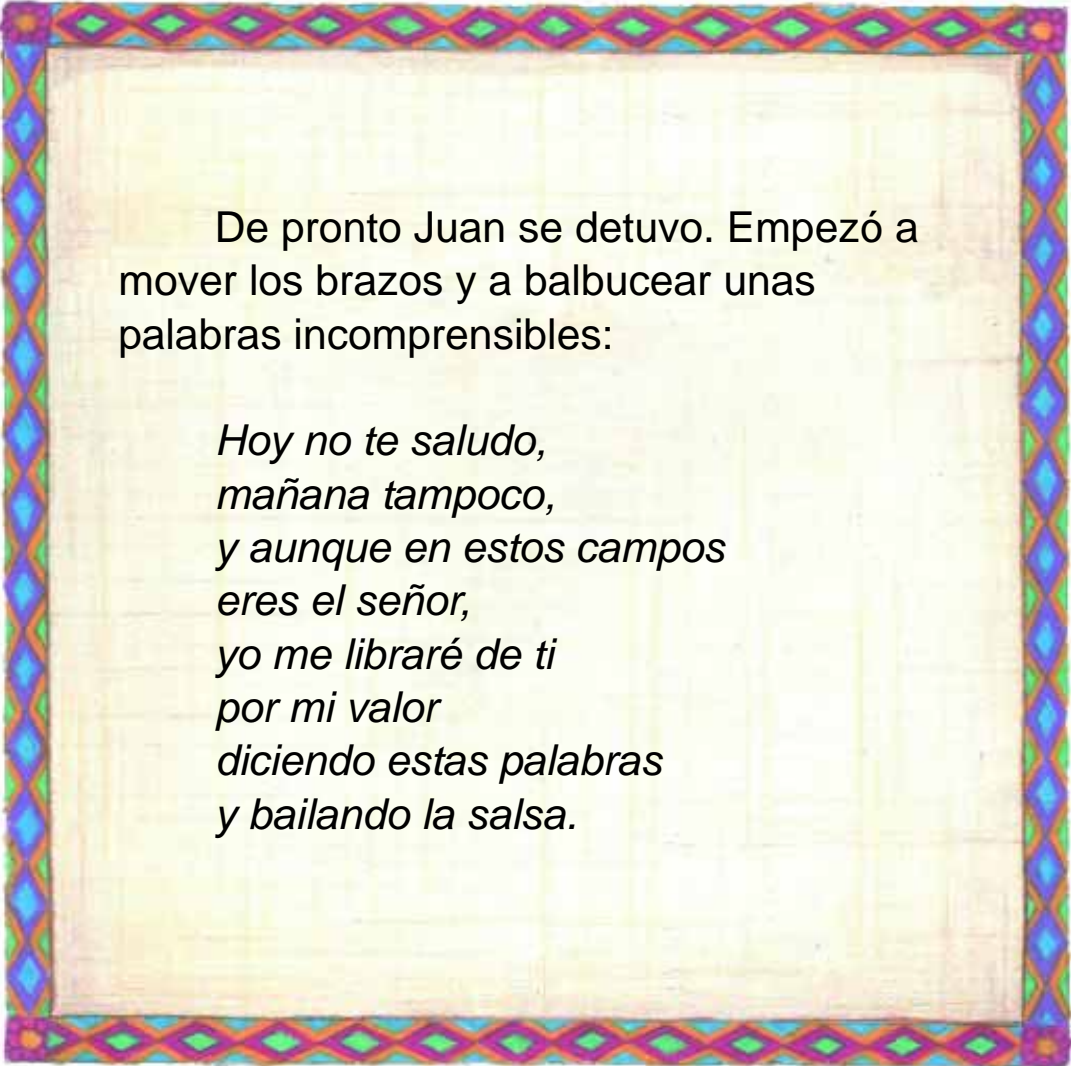
A Juan le empezó a temblar el brazo derecho y luego el izquierdo. Después le tembló la pierna derecha, como si tuviera frío, y también la izquierda. Su cuerpo se convulsionaba y giraba la cabeza de un lado a otro.

—Juan —protestó Antonio—. Deja de hacer el ganso. Tengo que llegar a la ciudad mañana por la mañana.

Antonio agarró a Juan por el hombro, pero Juan dio un brinco y siguió temblando. Saltaba, brincaba y movía las piernas formando círculos.

Antonio perdió la paciencia.

—Escucha Juan, mi primo se casa mañana y tengo prisa. Vámonos, ya tendrás tiempo de divertirse en otro momento.



De pronto Juan se detuvo. Empezó a mover los brazos y a balbucear unas palabras incomprensibles:

*Hoy no te saludo,
mañana tampoco,
y aunque en estos campos
eres el señor,
yo me libraré de ti
por mi valor
diciendo estas palabras
y bailando la salsa.*



—Pero Juan, ¿qué estás diciendo? ¡Déjate ya de tonterías! —gritó Antonio enojado.

A lo que su amigo contestó:

—¡El galipote, me estoy defendiendo del galipote! Antonio, tienes que repetir las palabras mágicas. El galipote puede aparecer en cualquier momento y atacarnos.

Sin quererlo, Juan acababa de pronunciar el nombre de esa criatura que nadie se atrevía a mencionar.

—¡Tonterías, vaya tonterías! Juan, eres un hombre inteligente, no puedes creer en esas historias que se cuentan en el pueblo.









—Mi abuela me contó la historia del galipote —dijo Juan en voz baja—. Me dijo que el galipote vive en estos montes y que sale después de la medianoche. Al parecer, se divierte molestando a los viajeros como nosotros y confundiéndolos en su camino. Es una bestia muy fea y muy peligrosa que tiene el poder de convertirse en diferentes animales.



—Juan, esto me está cansando y además no es divertido. Quédate aquí si quieres. Yo me marcho, pues llego tarde a la boda — dijo Antonio dejando a su amigo atrás.



—Antonio, tienes que creer lo que te estoy contando. No es ninguna broma. ¡Por favor, no te vayas! ¡No me dejes solo! —gritó Juan asustado.

Sin hacer caso de las súplicas de su amigo, Antonio decidió marcharse.





—¡Cuidado, Antonio! —gritó Juan cuando su amigo se disponía a continuar su viaje solo.

De pronto apareció un puerco en el cruce mismo del camino. Era un puerco rosado, muy grande y muy feo.

—¡Atrápalo! —exclamó Juan—. ¡Es el galipote!

Antonio se sacó el cinturón, enredó las patas del puerco y se lo lanzó a su amigo.

—Agárralo y deja ya de gastarme bromas —dijo Antonio mientras emprendía de nuevo el camino.

Pero cuando Antonio se dio la vuelta, ocurrió algo increíble. El puerco ya no era un puerco. Se había convertido en un gato pardo. Después ya no era un gato, ¡era un enorme pájaro azul! Y después se transformó en un ratón, en un conejo y ... en una serpiente.

—Juan, me estoy hartando. Vete con tus animales a otra parte.

—¡Te lo dije Antonio, te lo dije! —gritaba Juan muy nervioso—. ¡Es el galipote! ¡Viene por nosotros porque no pronunciaste las palabras mágicas ni bailaste *la salsa*!









Al ver a su amigo tan asustado, Antonio le prometió no dejarlo solo y decidieron andar juntos el resto del camino.

—Por aquí —decía Antonio.

—No, por allí —indicaba Juan.

—No, es por aquí —insistía Antonio.

—¿Qué camino tomamos? —preguntaba Juan.

Y sin saber cómo, se encontraron dando vueltas y más vueltas en el mismo lugar donde se habían encontrado.

—¿Y ahora qué va a ser de nosotros? — se lamentaba Juan—. ¡Estamos perdidos y nunca nos encontrarán! ¡Te lo dije, Antonio, tenías que haber bailado *la salsa*!

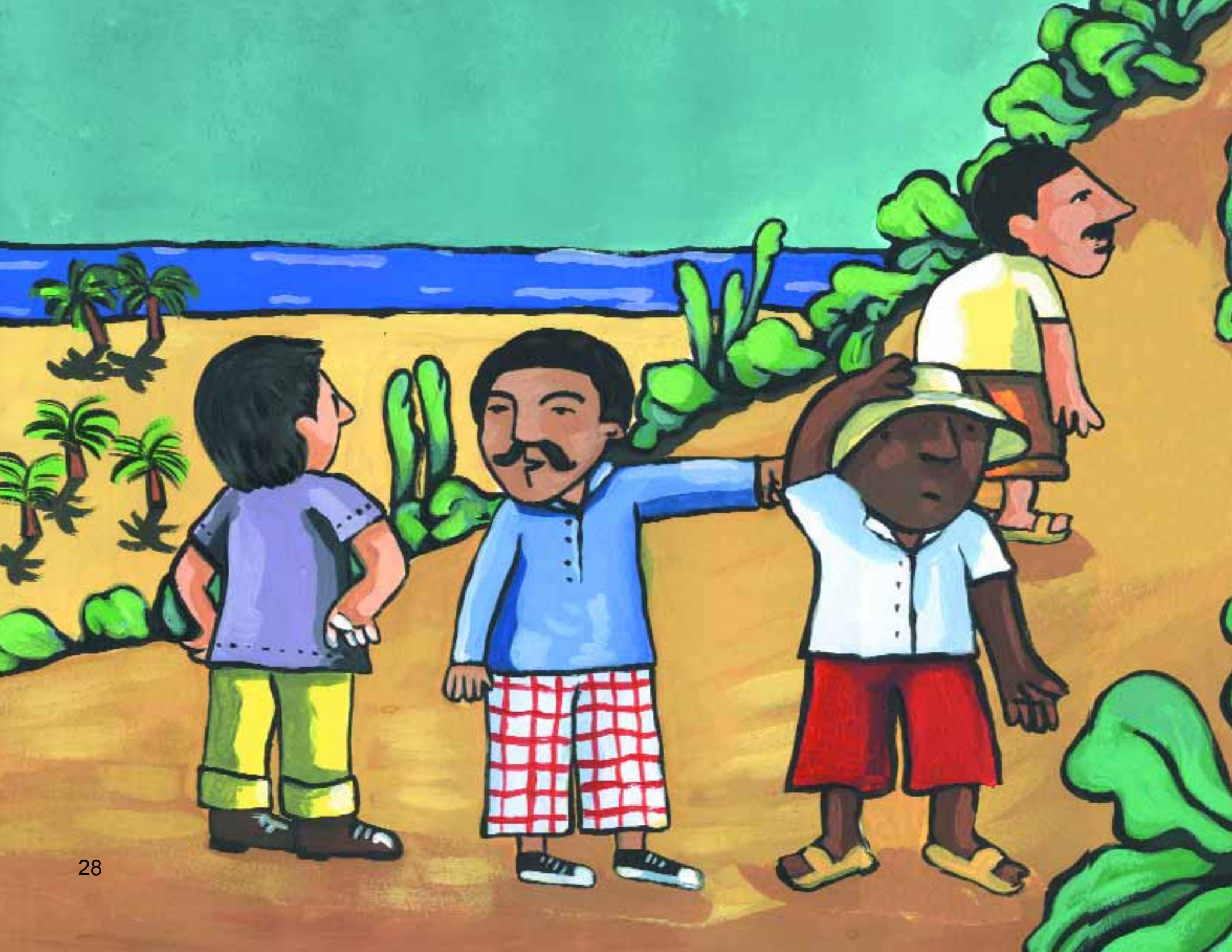
Después de varios días con sus noches, el primo de Antonio y un amigo encontraron a Juan y a Antonio en el cruce del camino dando vueltas y más vueltas a plena luz del día.

—Esto debe ser una broma del galipote —dijo el primo de Antonio—. Los ha dejado confundidos y ya no saben qué camino tomar. ¡Seguro que se les olvidó decir las palabras mágicas o bailar *la salsa!*

—¿Qué es *la salsa?* —preguntó Antonio —. Haré lo que sea con tal de irme de aquí.









—Allí está el galipote —dijo el primo de Antonio acercándose a unos matorrales.

De los matorrales salió un extraño hombrecillo con las piernas enroscadas en el cinturón de Antonio.

—A partir de ahora ya no volverán a perderse en el camino —dijo el primo de Antonio arrastrando al hombrecillo por los pies.





Desde entonces los habitantes de Montserrate cuentan la historia de Antonio, su primo, Juan y el galipote. Cuando van a la ciudad, los más prudentes bailan todavía la salsa o pronuncian unas palabras extrañas antes de salir de sus casas. Y así lo vienen haciendo de generación en generación.

Se agradece la valiosa colaboración de Ana Silvente y Celia Moyano.

Copyright 2004 Laredo Publishing Company Inc.

All rights reserved. No part of this book may be reproduced or transmitted in any form or by any means, electronic or mechanical, including photocopying, recording, or by any information storage and retrieval sytem, without permission in writing from the publisher.

About the color illustrations: The art in this book has been done in an acrylic medium on fabriano paper.

Laredo Publishing Company, Inc.

9400 Lloydcrest Drive

Beverly Hills, CA 90210

ISBN 1-56492-319-3

1 2 3 4 5 6 7 8 9 10